

Zapata:

la genuina representación
del pueblo

CARLO ANGIE NÚÑEZ

Para Serge Moscovici, uno de los más importantes analistas de la psicología de las masas, “lo que los hombres deben admirar y respetar, son las ideas superiores y no los individuos que las encarnan”. En el caso de la Revolución Mexicana, esta afirmación nos da pauta para analizar el papel que jugó el caudillismo en esta gesta armada.

En un esquema básico de comunicación, el ideal político de los líderes sociales es trasladado a la masa por medio del discurso, el cual se vuelve atractivo para los receptores, quienes consideran que por fin hay una persona con influencia que comprende sus necesidades, y que por lo mismo, hará hasta lo imposible por satisfacerlas.

Es en este momento, cuando la multitud se siente identificada con ese jefe carismático, que le da su apoyo incondicional, y poco a poco, esa cabeza de grupo deja de ser de carne y hueso, adquiere un halo de misticismo, se convierte en un mito, en un símbolo de la lucha por la mejoría de las clases a las que se dirige su discurso. Deja de ser cualquier hombre. Se ha convertido en caudillo de una lucha.

Esta imagen de benefactor permanecerá incluso después de la muerte del sujeto. Si falleció trágicamente por defender su causa, se le considera mártir, si murió porque su cuerpo fue vencido por el paso del tiempo, será visto como un hombre que hizo todo lo posible por sacar adelante a quienes creyeron en él. Al perecer, dejan de ser parte de una época, y ahora su ideología y su figura pertenecen al ideario colectivo.

Los grandes héroes de la Revolución Mexicana no carecen de esta idealización, Octavio Paz sostenía que...

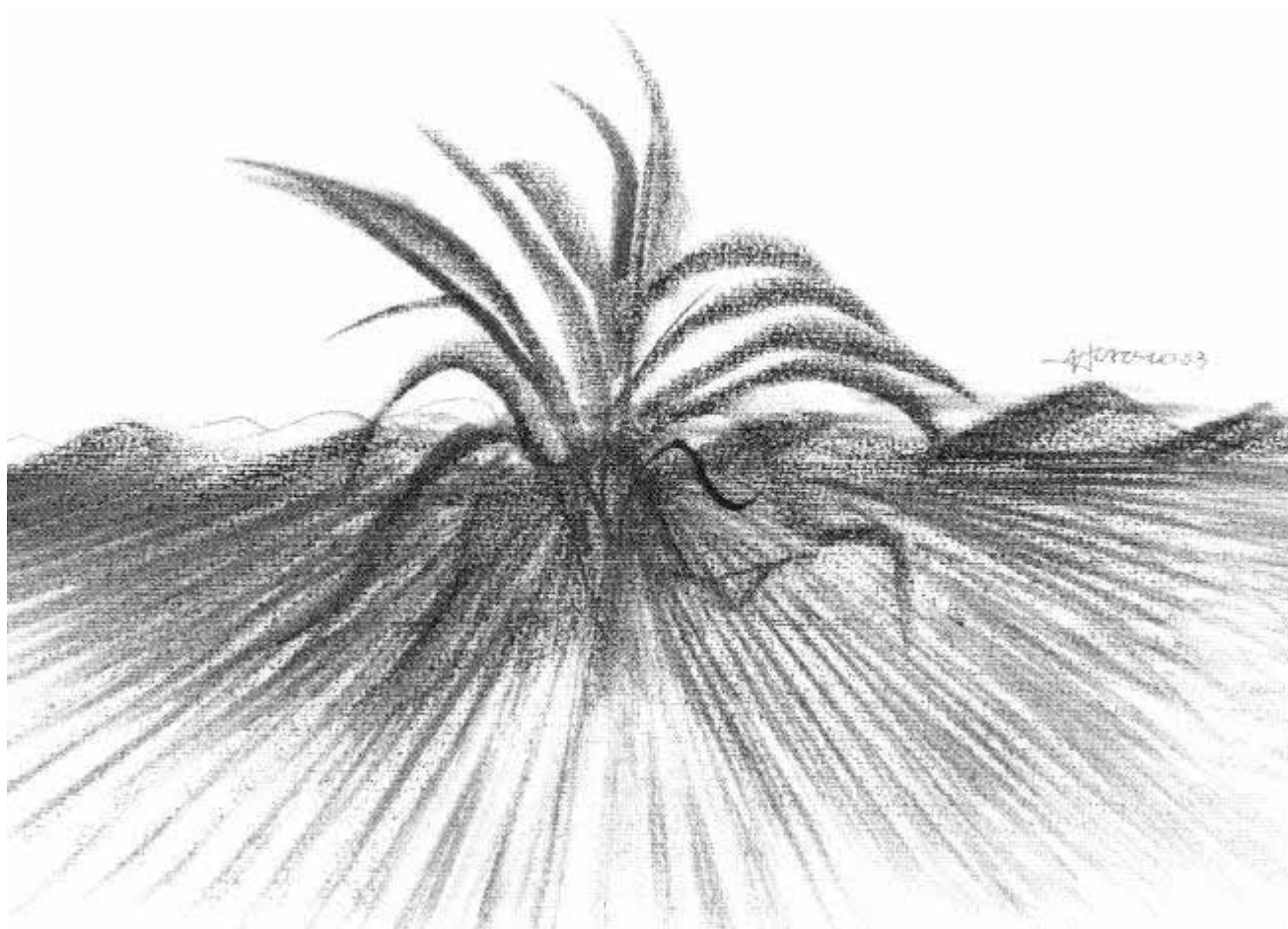
“...la brutalidad y zafiedad de muchos de los caudillos revolucionarios no les ha impedido convertir en mitos populares. Villa cabalgada todavía en el norte, en canciones y corridos; Zapata muere en cada feria popular; Madero se asoma a los balcones agitando la bandera nacional; Carranza y Obregón viajan aún en aquellos trenes revolucionarios, en un ir y venir por todo el país, alborotando los gallineros femeninos y arrancando a los jóvenes de la casa paterna. Todos los siguen: ¿adónde? Nadie lo sabe. Es la revolución, la palabra mágica, la palabra que va a cambiarlo todo y que nos va a dar una alegría inmensa y una muerte rápida. Por la Revolución, el pueblo mexicano se adentra en sí mismo, en su pasado y en su sustancia, para extraer de su intimidad, de su entraña, su filiación.”

Pero su popularidad no se da sólo después de muertos, en vida, gozaron plenamente de ella. Mientras caminaron sobre la faz de la tierra, cada uno de los personajes mencionados por Paz fueron capaces de movilizar a miles de personas para confrontarlos con sus rivales ideológicos y militares en una guerra sin cuartel que llamamos Revolución Mexicana, la cual se dio con un solo objetivo: mejorar el nivel de vida de la sociedad, ya que, como afirma Arnaldo Córdova, “la Revolución se hizo por las masas y para las masas”. Los caudillos se convierten en el catalizador de la inconformidad de la sociedad y saben canalizarla para que las clases necesitadas los ayuden a cristalizar sus planes.

Los líderes de la Revolución Mexicana conocen el efecto que producen en las masas, no ignoran que su discurso y sus acciones impresionan al pueblo y los convierten en sus ídolos. La historia de la Revolución es el

registro de los éxitos y los fracasos de sus caudillos. Uno de los grandes líderes de esta gesta, fue el general Emiliano Zapata, quien fue asesinado hace poco más de 85 años, en abril de 1919.

Originario del pueblo de Anenecuilco, Morelos, Zapata, más que un político, era un líder agrícola. Como dirigente de los campesinos de esa localidad, Zapata tenía como misión el custodiar que las autoridades de la época respetaran el decreto del virrey Luis de Velasco, quien le había otorgado a los habitantes de esa localidad la posesión de sus tierras, sin embargo, ese decreto había perdido vigencia al inicio del porfiriato, cuando se puso en vigor de la Ley de Terrenos Baldíos. La falta de atención a su reclamo, hizo que el pueblo de Anenecuilco se levantara en armas en 1908, lo que convierte a Zapata en uno de los precursores de la Revolución Mexicana, en lo que a manifestación de inconformidad se refiere.



Horacio López

La rebelión en Anenecuilco duró muy poco, pero muestra otra de las facetas de la Revolución: los campesinos exigían la posesión de la tierra, con miras a que no fueran explotados por los hacendados. Mientras en Río Blanco y Cananea se busca el establecimiento de los derechos de los trabajadores, los agricultores de Morelos, quienes con el paso del tiempo serían conocidos como zapatistas, mostraban que el campo, al igual que la ciudad, exigía a gritos mejores condiciones de vida para sus habitantes. La inconformidad social que el porfirismo había sembrado durante su largo mandato comenzaba a generar sus violentos frutos.

Sin embargo, no todo quedó resuelto con el triunfo de la Revolución en 1911. El líder de este movimiento, Francisco I. Madero, era un hombre idealista, alguien que anhelaba la democracia electoral y si bien comprendía las necesidades del pueblo jamás realizó una reforma que pusiera fin a sus problemas. Por su falta de iniciativa, los revolucionarios radicales acusaron a Madero de carecer de compromisos para con la Revolución.

Emiliano Zapata, el caudillo más representativo de esta furia popular, echó en cara al presidente todos estos actos en su Plan de Ayala, e inclusive le reprochó el ignorar las promesas hechas en el Plan de San Luis. Madero pronto vivió en carne propia una de las máximas de Juan Jacobo Rousseau: “Habrà siempre una gran diferencia entre someter una multitud y regir una sociedad”.

La caída de Madero, en febrero de 1913, fue como el desplome de las hojas de los árboles en pleno otoño: todos la esperaban, pero sabían que al llegar, el panorama cambiaría radicalmente. Con la muerte de Madero fallecía también el político poco apto para el puesto y nacía el mártir, el Apóstol de la Democracia que renace cada 20 de noviembre y cae vencido cada 9 de febrero por un México que no lo comprendió.

Entre Madero y Zapata existen marcadas diferencias, las cuales fueron señaladas de forma acertada por Octavio Paz. La lucha del primero era “puramente políti-

ca, democrática (...) sólo se detenía en la superficie de los problemas mexicanos; (Zapata) iba a la entraña de México y, con intuición maravillosa, entendía el problema y que no era sino el del establecimiento de un orden económico y social más justo que el de ese tiempo”.

Zapata, a pesar de ser campesino, distaba mucho de ser pobre, era el líder de su pueblo, Anenecuilco, y era el responsable de salvaguardar los documentos que acreditaban a los habitantes de esta población como legítimos propietarios de sus tierras; pero a diferencia de Madero, él no era un hombre ilustrado, era una encarnación viva del México rural. Vasconcelos dejó este retrato hablado del morelense, a quien conoció en persona durante la Convención de Aguascalientes:

“Zapata (...) con ingenuidad enternecedora, enarbola el estandarte de la Virgen de Guadalupe, lo que desconcertaba a los complotistas de la República azteca con vuelta a los dioses nativos.

Y según cumple el ídolo tribal, Zapata se presentaba en público vestido de charro, águila bordada de oro en la espalda, botonadura de plata riquísima y sombreros que se exhibían previamente en los escaparates lujosos de la ciudad, valuados en miles de pesos.”

Su ideal político era el de defender la propiedad de las tierras, era un caudillo agrícola, que era temido y odiado por las clases medias, e incluso, la elite de la Ciudad de México le bautizó como el Atila del Sur. Pero no importaba, si la mayoría del pueblo mexicano era rural, ¿qué mejor ídolo podía encontrar ese México que un hombre que los comprendiera, que amara el trabajo del campo como ellos? El propio Zapata reconocía sus largas jornadas en el campo al contar anécdotas como ésta: “uno de los días más felices de mi vida fue aquel en que la cosecha de sandía que obtuve con mi personal esfuerzo, me produjo alrededor de quinientos o seiscientos pesos”.

Zapata, al igual que Francisco Villa, tenía tras de sí legiones de soldados que creían en su sueño. No era un afán electoral, como el de Madero, su promesa era el reparto agrario, éste fue su sueño y desafío. Él no sólo trabajó la tierra, luchó por poseerla; por repartirla entre aquellos hombres que, vestidos de manta, muchas veces con los estómagos vacíos, lo acompañaban por las praderas de Morelos. No bajaba del pedestal que significa ser político para relacionarse con el pueblo, él era parte del pueblo, contaba con gran prestigio.

A pesar de su férrea personalidad y de su carisma entre los campesinos, el Caudillo del Sur nunca luchó más allá de las fronteras de su estado natal, el cual se convirtió en una isla que parecía aislarlo del mundo. Se preocupó por su terruño, pero nunca se preguntó qué había más allá de las montañas y los valles de Morelos. Este ensimismamiento parece ser el motivo por el cual no acudió a ayudar a Villa durante la batalla de Celaya, a pesar de que ambos defendían los principios encarnados por la Convención de Aguascalientes. Zapata tenía un feudo personal en Morelos, pero su revolución agrarista jamás pensó en alcanzar todo el territorio nacional. Conocía las necesidades de su pueblo, pero no tenía un Proyecto de Nación que proponerle a la sociedad.

Tras el desastre militar en el Bajío y la desaparición del gobierno de la Convención de Aguascalientes, Zapata permaneció en su Morelos, perseguido por las tropas constitucionalistas, como firme defensor de los derechos de los campesinos por la tenencia de la tierra. Ya había combatido a los gobiernos de Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, Victoriano Huerta y Venustiano Carranza; cada uno de ellos tuvo su visión del Estado mexicano y de la Revolución, ninguna de ellas pareció satisfacer al guerrero de Anenecuilco, cuyo localismo parecía resumirse en una sola frase: “Revoluciones van, revoluciones vendrán; yo seguiré haciendo la mía”.



Martín Velázquez

Lo que Zapata nunca pensó es que, como sostiene Arnaldo Córdova, “una revolución, política o social, nunca es local ni mira a restablecer el pasado; una revolución es nacional, y por lo mismo se plantea como primer objetivo la toma del poder político”. Pero el rechazo de Zapata al poder político se demuestra cuando, al lado de Villa, pisó el majestuoso Palacio Nacional de la Ciudad de México y el Centauro del Norte se sentó en la silla presidencial; el Atila del Sur consideró que había que quemar ese símbolo de poderío para evitar que continuara la guerra.

Su resistencia en Morelos concluyó el 10 de abril de 1919, cuando, traicionado por el oficial federal Jesús Guajardo, Emiliano Zapata cayó en una emboscada en la hacienda de Chinameca. Quienes vieron su cadáver, aseguraron que no era él, sino un hombre muy parecido al caudillo; sus seguidores no podían creer que su líder estuviera muerto, cuando parecía inmortal. Paradójicamente, la ausencia física de Zapata agigantó su figura como defensor de las causas populares. Como caudillo que fue, las clases explotadas lo consideran un símbolo de la lucha en contra de los abusos de las élites y su nombre está presente en varios movimientos de lucha contra la opresión, no sólo en México, sino a nivel internacional.